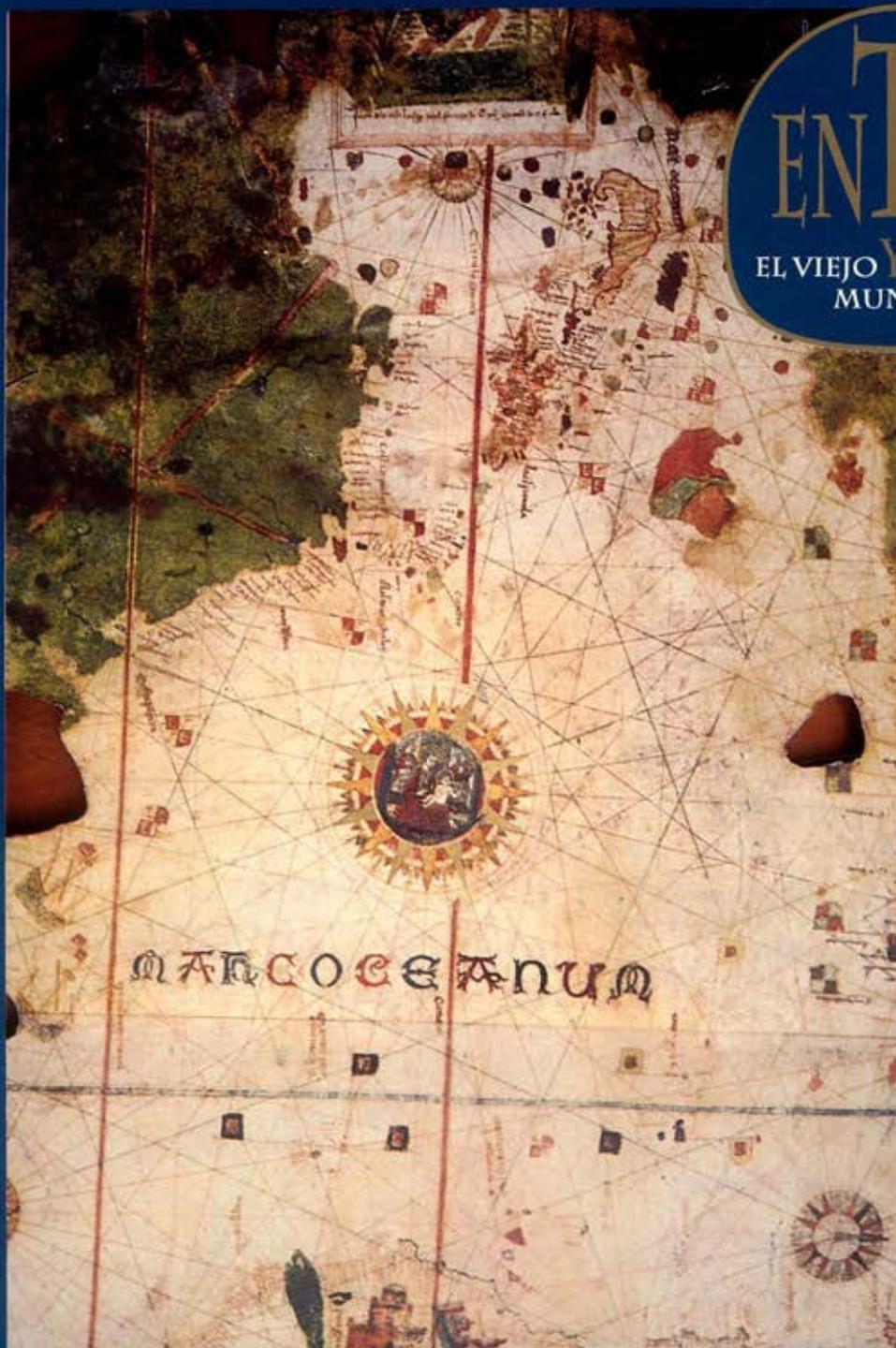


# COLOQUIO NACIONAL



ENTRE  
EL VIEJO Y EL NUEVO  
MUNDO

M  
E  
M  
O  
R  
I  
A  
S

30 DE SEPTIEMBRE - 28 DE OCTUBRE  
1993

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO  
DIRECCION DE INVESTIGACION

**MEMORIAS DEL COLOQUIO NACIONAL**  
**"ENTRE EL VIEJO Y EL NUEVO MUNDO"**  
**30 DE SEPTIEMBRE AL 28 DE OCTUBRE DE 1993**

**Compilación:**

**MA. GUADALUPE GÓMEZ VILLEGAS**  
**ESPERANZA ROSAURA VARGAS PACHECO**

**UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO**  
**DIRECCIÓN DE INVESTIGACIÓN**

## DIRECTORIO

**Juan Carlos Romero Hicks**  
RECTOR

**Arturo Lara López**  
SECRETARIO GENERAL

**Sergio Arias Negrete**  
DIRECTOR DE INVESTIGACIÓN

**Esperanza Rosaura Vargas Pacheco**  
COORDINADORA DE DIFUSIÓN DE LA D.I.

### Agradecimiento:

Expresamos nuestro reconocimiento a la Mtra. Rosa Alicia Pérez Luque quien fungió como Responsable académica del evento

Diseño y cuidado de la publicación: Esperanza Rosaura Vargas Pacheco  
Formación: Oscar Eduardo Delgado Flores  
Cotejo: Daniel Morales Pablo  
Diseño de Portada: Antonio Galindo

Ilustración de portada: mapa de Juan de la Cosa

PUBLICACIÓN ESPECIAL CON MOTIVO DEL  
*COLOQUIO NACIONAL "ENTRE EL VIEJO Y  
EL NUEVO MUNDO" 1993* DE LA  
UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO  
ISBN 968-864-029-8

Coloquio Nacional "Entre el viejo y el nuevo mundo"  
(1: 1993 : Guanajuato, Gto.)  
Memorias del coloquio nacional "Entre el viejo y el nuevo mundo."  
[Llevado a cabo del 30 de septiembre al 28 de octubre de 1993, organizado  
por la Coordinación de Investigación de la Universidad de Guanajuato]  
72 p., 28 cm.  
ISBN 968-864-029-8  
1. México - Historia - Siglos XV-XVI. 2. España - Historia - Siglos XV-  
XVI. I. Universidad de Guanajuato. Coordinación de Investigación. II. I.

# INDICE

<b>PRESENTACIÓN</b> .....	i
<b>PROGRAMA</b> .....	ii
<b>LA IMAGEN DEL MUNDO A TRAVÉS DE LOS DESCUBRIMIENTOS</b> .....	1
<i>Eva Alexandra Uchmany</i>	
<b>LA CIENCIA Y LA TECNOLOGÍA EN LA EPOCA DE LOS DESCUBRIMIENTOS</b> .....	13
<i>Juan José Saldaña</i>	
<b>LA IMAGEN DEL MUNDO A FINALES DEL SIGLO XV EUROPEO</b> .....	26
<i>Luis Ramos Gómez-Pérez</i>	
<b>EL DIARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA</b> .....	36
<i>Rafael Diego Fernández</i>	
<b>¿QUE DISCURSOS TRANSCRIBEN LAS 9 CARTAS DE COLÓN?</b> .....	43
<i>Patricia Campos Rodríguez, Felipe Macías Gloria; J. Silverio Segoviano Marín</i>	
<b>ANTECEDENTES DOMINICANOS DE LAS LEYES DE BURGOS</b> .....	52
<i>Eugenio M. Torres</i>	
<b>LA SEMIÓTICA EN EL LIBRO DE LAS PROFECÍAS DE CRISTÓBAL COLÓN</b> .....	57
<i>José Luis Romero Rincón</i>	
<b>LA CORONA ESPAÑOLA EN LOS SIGLOS XV Y XVI. ESPAÑA Y LA CONSTRUCCIÓN DEL MUNDO MODERNO</b> .....	62
<i>María Guevara Sanginés</i>	
<b>LIBROS Y BIBLIOTECAS DURANTE AMÉRICA</b> .....	68
<i>José Luis Lara Valdés</i>	

# EL DIARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Dr. Rafael Diego Fernández \*

**C**on la ocasión de la adquisición de una serie de obras facsimilares relativas al descubrimiento de América, adquiridas por la Universidad de Guanajuato, se me pidió que preparara unas palabras relativas al causante de toda esta historiografía, es decir, Cristóbal Colón.

El título de mi presentación en el programa versa en torno a Colón y las capitulaciones de Santa Fe. Sin embargo, debo agregar para orientar al público que en esta ocasión nos acompaña, que pienso ligar este tema con el del diario de abordo del Almirante de la mar Océano, porque me he enterado que precisamente una de las obras adquiridas por la Universidad ha sido el facsímil del diario de abordo.

Quisiera comenzar por ubicar al auditorio en torno a las grandes dificultades con que se topa el investigador a la hora de querer estudiar la vida y la obra de tan insigne personaje, sin duda alguna uno de los más importantes en la historia de la humanidad. El problema radica en que si los datos que sobre Colón nos han llegado resultan por demás confusos y contradictorios, la escasa documentación directa que sobre él nos ha llegado no sirve sino para enredar aún más las cosas.

Para precisar un poco más las cosas, conviene recordar algunas de las polémicas que en mayor medida han generado ríos de tinta y decenas de miles de páginas de toda clase de especialistas y de aficionados, a lo largo del tiempo y a lo ancho del planeta. Entre algunas de estas polémicas tenemos que citar la relativa al origen del descubridor. Sobre esto se ha dicho que era genovés, catalán, canario, gallego, balear, etc., etc. En cuanto a su religión, hay un nutrido grupo de escritores judíos que se pelean su filiación con abundantes argumentos. Por lo que al predescubrimiento se refiere, igualmente se ha hablado mucho, desde el mismo s. XVI, del famoso marino desconocido que vino a morir en casa de Don Cristóbal, rebelándole la fabulosa nueva en agradecimiento por sus cuidados.

Igualmente, y para no alargar demasiado la lista, bástenos concluir con la inmensa discusión que ha generado el tema del descubrimiento mismo. Es decir, y simplificando al máximo el tema, tenemos que aún los especialistas no se ponen de acuerdo en cuanto al alcance que debe concedérsele a la empresa del supuesto genovés. ¿En realidad sabía lo que estaba haciendo y, por lo tanto, debe de considerársele como un genio o, por lo menos, como a un visionario; o, por el contrario, se trataba de un empecinado e ignorante marino que no supo lo que hizo?.

Por supuesto que cada uno de estos temas dan para una buena novela, y de hecho son cientos las que se han escrito al respecto, aunque algunas de ellas, quizás algunas de las mejores y más fantásticas, nos las han presentado cubiertas bajo el respetable velo de libros de historia, quizás por que los autores han pensado que así el público tomaría más en serio sus conclusiones.

Sin embargo no venimos en esta ocasión a fantasear al respecto, aunque sin duda estamos frente a un tema que, como pocos, se antoja para intentarlo. Lo que intentaremos es hacer consciente al

---

\* El Colegio de Michoacán.

auditorio de lo complejo y actual que resulta aún el tema relacionado con el descubrimiento de América, y, en consecuencia, de lo atinado de la adquisición, por parte de la Universidad de Guanajuato, de tan rico fondo historiográfico.

Ya que nos hemos referido de manera por demás suscita a las principales polémicas que en torno a Colón y su obra se han generado, es nuestro papel de historiadores hacer referencia ahora a las fuentes más confiables y principales de que disponemos para esclarecer el punto. Sin duda alguna que entre los testimonios fundamentales que del Almirante y su obra nos han llegado, tenemos a la capitulación de Santa Fe y al diario de abordó.

En cuanto a la primera, es decir, a la capitulación, recordemos que se trata del contrato celebrado entre Colón y los reyes Católicos, el 17 de abril de 1492, en el campamento de Santa Fe - de donde proviene su nombre - en las afueras de Granada, sitio desde donde los reyes españoles organizaron la expulsión de los últimos moros que aún quedaban en la península, luego de siete siglos de difícil e incómoda presencia. Este contrato, como todo lo que se refiere a Colón, nos arroja una considerable serie de interrogantes. Por ejemplo, cómo explicarse que en el encabezado de este documento se hable ya de

“Las cosas suplicadas y que vuestras altezas dan e otorgan a don Xoval Colón en alguna satisfacion de lo que a descubierto en los mares oceanos..”(1).

Cómo, si apenas iba a comenzar el viaje - recuérdese que la primera tierra que pisó, que fue Guanahaní, fue el día 12 de octubre de 1492, y que el documento al que ahora nos referimos era de seis meses antes -, ya se hablaba de lo que había descubierto.

Y, para colmo de confusión, justo en la siguiente cláusula, se consigna que:

“...vuestras altezas como señores que son de los dichos mares oceanos fazen dende agora al dicho don Xoval Colón su almyrante en todas aquellas yslas e tierras firmes que por su mano o yndustria se descubrirán o ganarán...”.

No sé si entre el público que nos acompaña en esta tarde se encuentren algunos abogados, pero independientemente de ello, estoy seguro que no les costará mucho trabajo comprender la clara contradicción que nos ofrece un texto en que primero se habla de lo que ya se ha descubierto y, en seguida, de lo que se va a descubrir. Ahora bien, si consideramos que estamos nada menos frente a un contrato que liga a un simple marino con los poderosos reyes castellanos, podremos ya vislumbrar lo delicado del asunto, y máxime si se piensa que lo que estaba en juego, era nada menos que la suerte de todo un inmenso continente.

Realmente no vamos a proceder en esta ocasión a analizar el enorme problema que encierra el texto de las famosas capitulaciones, pero para que se puedan dar una leve idea de las dimensiones del litigio que generó entre Colón y los reyes, y aún entre varias generaciones de descendientes de cada una de los actores del mismo, simplemente añadiremos que, en otra más de las cláusulas, se

<sup>1</sup> Para consultar los textos de la capitulación, ver: DIEGO FERNÁNDEZ SOTELO, Rafael, *Capitulaciones Colombinas (1492-1506)*, El Colegio de Michoacán, México, 1987, 434 pp.

le nombra almirante a perpetuidad, para él y sus sucesores y, en la siguiente, virrey y gobernador, aunque en esta ocasión no se precisó por cuánto tiempo, lo que llevó a los Colón a sostener que, obviamente, se entendía claramente que, como con el título de almirante, era a perpetuidad, extremo que por todos los medios se negaron a combatir los abogados de la corona.

A pesar de todo lo confuso y contradictorio que resulta este contrato, sin duda alguna se trata de uno de los textos capitales de la historiografía colombina. Al lado de éste, la otra fuente capital para conocer la vida y la obra de Colón es el diario de abordo; es decir, el diario en donde día a día registró los incidentes de la travesía, tanto del primer viaje, como de los otros tres que le siguieron. De estos cuatro periplos Trasatlántico, nos ha llegado el texto de tres de ellos - con la sola excepción del segundo -, gracias a la infatigable labor de nuestro viejo conocido fray Bartolomé de las Casas.

Como bien se podrán imaginar, sin duda alguna se trata de uno de los más fascinantes textos de la historia de la humanidad, pues en él se consigna nada más y nada menos que la historia del descubrimiento de un nuevo mundo, que con el tiempo, como bien lo ha explicado Edmundo O'Gorman, llegaría a ser América. Sin embargo, al igual que todo lo referente a Colón, este documento encierra un sinúmero de trampas, que un lector atento inmediatamente irá descubriendo - de hecho, gran cantidad de especialistas en temas de navegación se han dedicado a demostrar cómo las rutas y las distancias fijadas por Colón en su diario resultan no sólo equívoca sino, más aún, según algunos de ellos lo afirman, deliberadamente alteradas. ¿El motivo de ello? Cada autor propone una solución distinta al enigma, constituyendo varias de ellas verdaderas novelas de suspenso.

Dado que precisamente una de las joyas que adquirió la Universidad fue precisamente el facsímil del diario en cuestión, según ya lo hemos advertido anteriormente, procederemos a ahondar en el tema.

Para entender los diarios de Colón, hay que leer con mucho cuidado el primero de ellos, pues es ahí donde está la clave de interpretación de los otros tres, así como de sus propias ideas. Efectivamente, en el primer viaje constatamos como en el enfrentamiento entre la sorprendente realidad y sus ideas preconcebidas, prevalecen estas últimas. A pesar de que como buen marino sigue con mucha atención todo lo relativo a la ruta mantenida, a las corrientes y vientos que lo acompañan durante todo el viaje, a los cambios de temperatura y de la mar, a las constelaciones y a la naturaleza misma, aún así no puede superar sus propios prejuicios y se queda justo donde estaba antes de partir de Palos.

En síntesis, y de acuerdo con las autorizadas teorías de Aristóteles, Plinio, Ptolomeo y Toscanelli (tomadas de Pierre D'Ailly), Colón simple y sencillamente va a demostrar que en realidad la tierra es, efectivamente, tan pequeña como estos autores lo había asegurado - seis partes de tierra y una de agua -, y que por lo tanto, según ya lo había tan bien explicado Toscanelli, navegando hacia el poniente en unas cuantas jornadas se llegaría hacia el oriente y, por lo tanto, a Catay y a Cipango, y a los dominios del Gran Khan - zona en la que debería de estar, por alguna parte, el Paraíso Terrenal. Ya metido en esto, terminó por convencerse a sí mismo de que efectivamente había arribado al Lejano Oriente, a lo que ahora conocemos como China y Japón,

que ya estaba por dar con el Gran Khan, que las especias abundaban en la región, así como el oro y las riquezas - a pesar de la pobreza extrema en que vivían los indígenas, y a pesar, también, de que nunca halló el tipo de especia que se esperaba encontrar.

A los prejuicios científicos antedichos, hay que agregarle aún toda la serie de mitos y fantasías que mantenían absortos a los europeos, no sólo como en el caso del Paraíso Terrenal, sino también el de las sirenas, las amazonas, la fuente de la eterna juventud, las ciudades llenas de oro, los monstruos fabulosos y otras más.

Pues bien, a pesar del cuidado mostrado por Colón en recoger todo lo referente a la ruta seguida y a la navegación, en caso de no coincidir la realidad con sus ideas preconcebidas, pues simple y sencillamente optaba por alterar la realidad de manera que embonara perfectamente con sus teorías. No sólo hizo esto en el caso de la distancia recorrida durante la navegación, en donde no tuvo empacho alguno en ir reduciendo tramposamente la distancia recorrida para que el resultado final constatará la pequeñez de la tierra, aparte de para engañar a sus marinos, - extremo que siempre sostuvo, hasta el final.

También se mostró dispuesto a engañarse a él mismo y a los propios reyes en el caso de los motivos que le llevaron a fundar el fuerte de la Navidad, en donde hace el vano intento de justificar que nada tenía que ver la medida con la ferocidad ni hostilidad de los indios, ya que estos eran seres prácticamente angelicales; que la medida era meramente rutinaria. Su sorpresa fue que cuando volvió a los pocos meses, se encontró con que sus hombres habían sido sacrificados y devorados por los candorosos nativos.

A partir de esta postura adoptada por el almirante, y claramente fijada en el diario del primer viaje, hay que leer el diario del tercer y del cuarto viaje - ya que el del segundo no se ha encontrado. En efecto, para el tercer viaje, dado que supuestamente había ya arribado al Lejano Oriente donde la tradición secular había ubicado al Paraíso Terrenal, pues nada más lógico que lo localizara con toda certidumbre y precisión. Quizás la única novedad científica que se atreve a aportar Colón, sea la de la forma de la tierra, en donde decide que ahí sí habían fallado todos los sabios de la antigüedad y los modernos, puesto que suponían que era redonda, cuando en realidad tenía la forma de una pera.

En el cuarto y último viaje, Colón vuelve a las andadas, como para demostrar que ni toda la experiencia adquirida le había hecho dar un paso atrás en la tesis que lo llevó a intentar el primer viaje, y vuelve a sostener, con todo lujo de detalles, la teoría sobre la pequeñez de la tierra, concluyendo, obviamente, que a donde había llegado era a los lejanos reinos del Gran Khan: Catay y Cipango.

Para ejemplificar lo que hemos dicho, hagamos un rápido repaso a algunos de los pasajes del diario del primer viaje.<sup>(2)</sup>

---

<sup>2</sup> El texto del diario del primer viaje lo hemos tomado de: VARELA, Consuelo, *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*. Prólogo y notas de C. V., Alianza Universidad, Madrid, 1982, 353 pp. + mapas.

- Parte rumbo a la India: Es importante dejar bien claro que el proyecto de Colón era el de llegar a la India navegando por el poniente, ganándole la carrera a los portugueses, quienes lo intentaban por el oriente, luego de darle la vuelta a Africa. Una de las consecuencias más evidentes de ésto, es que precisamente se le llamaron, a las tierras descubiertas por don Cristóbal, las Indias Occidentales y, a sus habitantes, indios, expresión que aún en nuestros días se emplea para referirse a los pueblos originarios del continente americano (p. 16).

Al respecto, en una parte del diario se lee que: "...y dize que cree que estas islas son aquellas innumerables que en los mapamundos en fin de Oriente se ponen". (p. 58). Recuérdese que desde tiempos de Marco Polo se decía que frente a Catay y a Cipango, o sea frente a China y Japón, había una serie de islas a las que, por lo mismo, se conocía como las Ante Islas, por lo que cuando Colón creyó encontrarlas, les puso las Antillas.

-El Gran Khan, y Cipango: Y para corroborar cómo en verdad se imaginaba en el lejano Oriente, he aquí algunos de sus comentarios al respecto: "...por no perder tiempo, quiero ir a ver si puedo topar a la isla de Cipango" (p. 32). Y más adelante, Las Casas comenta que "...avía de trabajar - Colón - de ir al Gran Can, que pensava qu'estava por allí o la ciudad de Cathay, qu'es del Gran Can, que diz que es muy grande, según le fue dicho antes que partiese de España" (p. 48). Más adelante, Colón escribe en su diario que "Toda la lengua también es una y todos amigos, y creo que sean todas estas islas, y que tengan guerra con el Gran Chan... Y es cierto, dize el Almirante, qu' esta es la tierra firme, y qu'estoy, dize él, ante Zaitó y Quinsay, cien leguas poco más o poco menos lexos de lo uno y de lo otro..." (p. 49). O sea, que Colón estaba convencido de estar a escasas cien leguas de la zona descrita, tiempo atrás, por el insigne Marco Polo.

En otra parte expone su teoría en torno al origen del nombre de "caníbales": "...dice él, que Caniba no es otra cosa sino la gente del Gran Can, que deve ser aquí muy vezino; y terná navíos y vernán a captivarlos, y como no buelven, creen que se los han comido" (p. 78).

Y, finalmente, "Concluyendo, dice el Almirante que bien dizeron los sacros theólogos y los sabios philósophos que el Paraíso Terrenal esta en el fin de Oriente, porque es lugar temperadíssimo. Así que aquellas tierras que agora él avía descubierto, es dize él- el fin del Oriente" (p. 132).

Y como lo que se luchaba por obtener al llegar al Lejano Oriente, aparte del oro, perlas y joyas, eran la anhelada especiería, no resulta de extrañar el que a lo largo del diario encontremos comentarios como el de "También la especiería que comen, dize el Almirante, es mucha y más vale que pimienta y manegüeta. Dexava encomendados a los que allí quería dexar que oviesen cuanta pudiesen" (p. 104). Y más adelante: "En los árboles y frutos e yervas ay grandes diferencias de aquellas de la Iuana: en ésta ay muchas especierías y grandes minas de oro y de otros metales" (p. 141), y "...concluye que Cipango estaba en aquella isla y que ay mucho oro y especiería y almáciga y ruibarbo" (p. 107). "...pues en esta isla ay tanto oro y buenas tierra y especiería" (p. 112).

- Comienzan a fallar sus cálculos sobre el tamaño de la tierra, por lo que empieza a falsificar y ocultar a sus hombres la distancia recorrida: Al respecto, al transcribir esta parte del diario, el padre Las Casas explica que "...siempre fingía - Colón - a la gente que hazía poco camino, porque no les

pareciese largo, por manera que escribió por dos caminos aquel viaje; el menor fue el fingido y el mayor el verdadero” (p. 25). Sólo que Colón no tomaba en cuenta que los marinos españoles que le acompañaban, precisamente de Palos, eran expertos navegantes, por lo que perfectamente se daban cuenta del burdo engaño del genovés, lo que motivó el que estuvieran a punto de amotinarse en su contra.

Además hay que tomar muy en cuenta, y de esto poco se ha hablado, que Colón no sólo pretendía engañar a sus marinos, sino que él mismo se engañaba, puesto que a pesar de la comprobación empírica de la distancia recorrida y, por tanto de lo errónea de las teorías que le sustentaban, prefería, en caso de encontrar oposición entre sus teorías y la realidad, inclinarse por las primeras, según se puede constatar en otros aspectos.

- Sirenas: Como ya lo hemos explicado anteriormente, Colón es un hombre inmerso en el medioevo y, por tanto, con toda la carga cultural de sus contemporáneos, quienes a partir de las novelas de caballería, entretenimiento en ese entonces equivalente a la televisión en nuestros días, imaginaban un mundo mágico y poblado de maravillas más allá del tenebroso mar Océano, por lo que no resulta nada raro encontrarnos al Almirante topándose con algunos de estos seres que, al aparecerse, venían a corroborar que había llegado a las tierras fantásticas que se describían en tanto libros “autorizados”, textos en los cuales creían y confiaban la mayoría de los europeos. Uno de estos casos lo tenemos en el siguiente pasaje, en donde Las Casas explica cómo “El día pasado, cuando el Almirante iba al río del Oro, dixo que vido tres serenas que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara: dixo que otras vezes vido algunas en Guinea en la Costa Manegüeta” (pp. 111.112). Como bien se sabe, esas supuestas sirenas no eran otras cosas que los curiosos manatíes.

Y no sólo eran sirenas las que le salían al paso, sino toda suerte de monstruos y de seres fantásticos, como cuando cuenta que “Entendió también que lexos de allí avía hombres de un ojo y otros con hocicos de perros que comían los hombres, y que en tomando uno lo degollavan y le bebían la sangre y le cortavan su natura” (p. 51). En otra parte explica que: “Y sobre este cabo encavalga otra tierra o cabo que va también al Leste, a quien aquellos indios que llevava llamavan Bohío, la cual dezían que era muy grande y que avía en ella gente que tenía un ojo en la frente... y dezían que no tenían sino un ojo y la cara de perro”. (pp. 62 y 65).

O cuando explica que “...allende d’estas CVII leguas me quedan de la parte del Poniente dos provinsias que io no he andado, la una de las cuales llaman Auan, adonde nasen la gente con cola”. (p. 143).

- Amazonas: Otra de las grandes fantasías que a través de las novelas de caballería del tipo del Amadís de Gaula tenían fascinados a los habitantes del Viejo Mundo, era la de las Amazonas. Según la leyenda, penetrando en esas tierras mágicas situadas al oriente de Europa, uno se encontraba con una comunidad de mujeres que vivían - para regocijo de nuestras modernas feministas - aisladas de los hombres, a quienes permitían el acceso sólo una vez al año, y sólo con fines de procrear a sus sucesoras, por lo que si la criatura resultaba del sexo opuesto, se sacaba de la isla. Pues bien, estas fabulosas mujeres, resultaban expertas y temibles en el combate, puesto que manejaban con singular destreza al arco y la flecha, especialidad que las obligaba a cercenarse uno de los pechos

para poder manipular con facilidad su arma favorita. Pues bien, como hacendosas y ahorrativas damiselas, y sin los problemas de tener que mantener a un borracho de turno, resultaba que se volvían inmensamente ricas, dándose el lujo de fabricar sus armas y utensilios de oro puro. Por cierto que su reina se llamaba Calafia, y el fabuloso reino por ellas habitado, era nada menos que California, topónimos que sin duda ustedes reconocerán de inmediato.

Ya con estos antecedentes, fácilmente podremos comprender el interés y el ansia con que los marinos deseaban dar con tan apetitoso sitio, y para muestra he aquí un botón tomado del diario de Colón : “De la isla Matinino dixo aquel indio que era toda poblada de mujeres sin hombres...” (p. 115)... “que diz que era poblada toda de mugeres sin hombres” (p. 117 y 119)... “Estos son aquellos que tratan con las mugeres de Mantinino, que es la primera isla partiendo de España para las Indias que se falla, en la cual no ay hombre ninguno. Ellas no usan exercicio femeníl, salvo arcos y frechas, como los sobredichos” (p. 145).

Por más que las persiguieron, nunca dieron con ellas, suerte que le tocó a Cortés, cuando dió con la península a la que bautizó precisamente - pensando que se trataba de la isla de estas mujeres - como California.

Aunque hemos de reconocer que no todo resultaba tan fantástico ni tan temible, puesto que pronto lo comenzó a cautivar la exhuberante y exótica naturaleza americana, y pronto Colón se siente fascinado con la que se le abre al paso - nada menos que la del Caribe -, y a través de sus escritos nos encontramos al viejo continente enamorándose perdidamente de la naturaleza virgen del Nuevo Mundo.

Al respecto, alguno de sus comentarios son del tenor siguiente: “Crean Vuestras Altezas que es esta tierra la mejor e má fértil y temperada y llana que aya en el mundo... Yo quise ir a surgir en ella para salir a tierra y ver tanta fermosura... al cual puse nombre de Cabo Feroso, porque así lo es... vino el olor tan bueno y suave de flores o árboles de la tierra, que era lo cosa más dulce del mundo” (pp. 39-40). “Dize que todo era tan hermoso lo que vía, que no podía cansar los ojos de ver tanta lindeza y los cantos de las aves y paxaritos”. (p. 50).

Como bien se puede suponer, esta sucesión de cautivantes y evocadoras imágenes logró convencer a los monarcas, quienes prestaron incondicional y generosos apoyo para el siguiente viaje.

Con lo anterior esperamos haber demostrado cómo en realidad Colón nunca fue consciente de haber descubierto un Nuevo Mundo, y menos uno de nombre América. Para entender la vida y obra del Almirante de la mar Océano es necesario ubicarnos en su tiempo, meternos en sus zapatos, revisar las lecturas que frecuentaba y confrontar las tesis y teorías geográficas y astronómicas en boga en ese entonces, para acabar entendiendo aquél refrán árabe que afirma que el hombre es más hijo de su tiempo que de sus padres.

Con esto ponemos fin a nuestra exposición, esperando haber animado a algunas personas aquí presentes a leer al diario de Colón, asegurándoles que han de encontrar un sin fin de sorpresas, como una completa descripción del Paraíso Terrenal.

ISBN 968-864-029-8

